

LA SANGRE DE ROMA

SIMON SCARROW

LA SANGRE DE ROMA

Libro XVII de Quinto Licinio Cato

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Blood of Rome*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Imagen de la cubierta: Nik Keevil/Arcángel

Primera edición: noviembre de 2019

© Simon Scarrow, 2018
© de la traducción: Ana Herrera, 2019
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2^ªª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6349-4

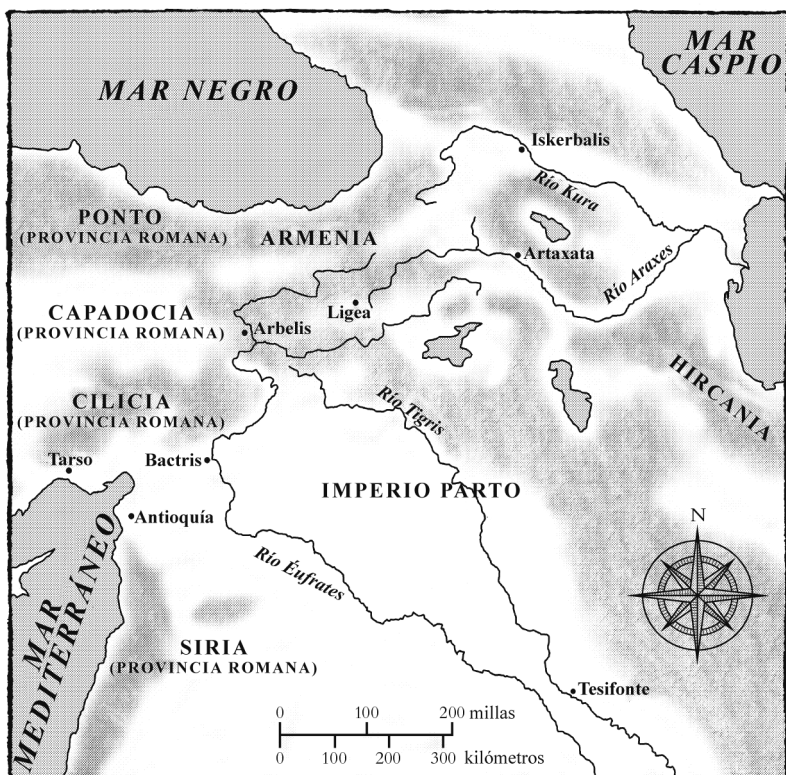
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 21591-2019

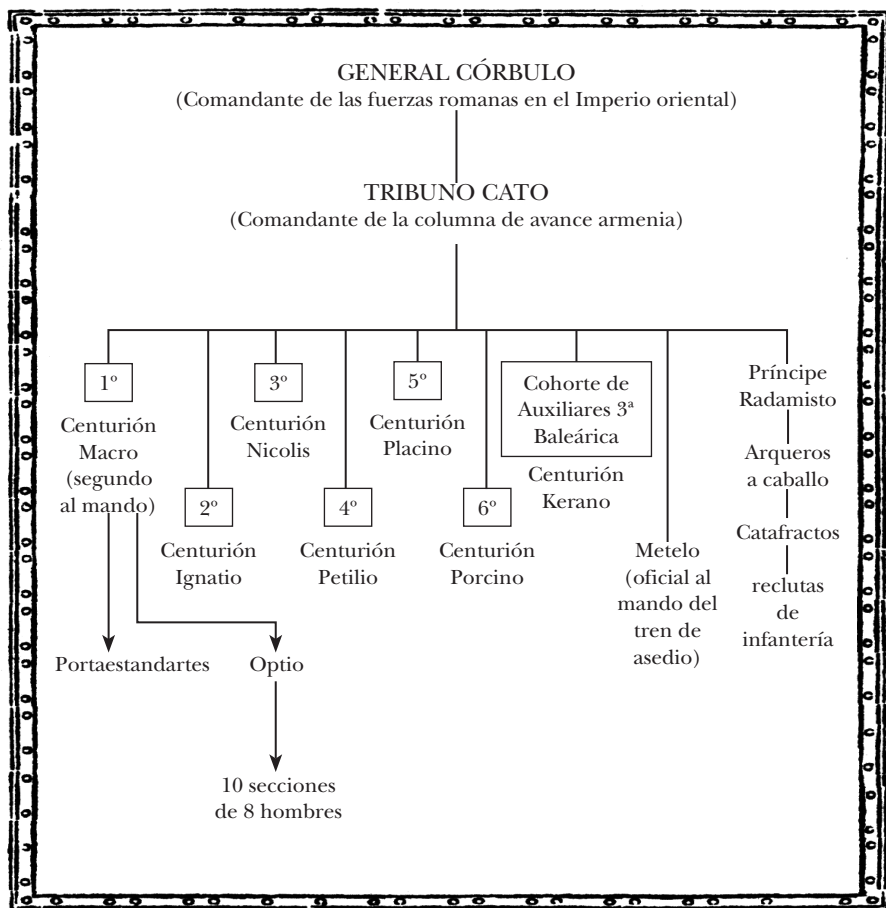
Impreso en España

*Para los sargentos Coates y Hillary,
y todos los Macros de hoy en día.*

LA FRONTERA ENTRE ROMA Y PARTIA EN EL SIGLO I



CADENA DE MANDO DE LA GUARDIA PRETORIANA



DRAMATIS PERSONAE

Quinto Licinio Cato: tribuno al mando de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana.

Lucio Cornelio Macro: centurión sénior de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, un veterano curtido.

General Cneo Domicio Córbulo: comandante de los ejércitos del Imperio oriental recién nombrado.

Umidio Quadrato: gobernador de Siria.

Cayo Amato Pinto: cuestor del séquito del gobernador.

Guardia Pretoriana

Ignatio, Nicolis, Metelo, Petilio, Placino, Porcino: centuriones.

Marcelo, Ganico, Tercio: optios.

Centurión Espiraco Kerano: promovido por Cato para mandar a los honderos baleares.

Auxiliar Cayo Glabio: un hondero balear.

Tito Boreno: un legionario.

Partia

Rey Vologases: rey de Partia.

General Esporaces: general parto.

Abdagases: tesorero real.

Príncipe Vardanes: hijo mayor y favorito del rey Vologases, y heredero del trono parto.

Mitraxes: embajador armenio ante la corte parta.

Armenia

Radamisto: príncipe íbero y recientemente depuesto rey de Armenia.

Rey Tirídates: hermano del rey Vologases, recién nombrado por éste como nuevo rey de Armenia.

Arghalis: chambelán de la corte de Tirídates.

Narses: en el séquito de Radamisto, nombrado intérprete y oficial de enlace entre los íberos y los romanos.

Zenobia: esposa de Radamisto.

Bernisha: chica sirvienta del séquito de Radamisto, de la que se apiada Cato.

Iberia

Rey Farasmanes: rey de Iberia, padre de Radamisto.

Otros

Lucio: hijo de Cato, bastante travieso...

Petronela: niñera de Lucio, una mujer que hay que tener en cuenta.

Yusef: orfebre y casero de Cato.

Granículo: intendente de la guarnición romana de Bactris.

CAPÍTULO UNO

Tesifonte, ciudad capital del Imperio parto, marzo, 55 d. C.

El sol poniente iluminaba la amplia franja del río Tigris de tal modo que brillaba como oro fundido contra el pálido naranja del cielo. El aire estaba tranquilo y frío, y las últimas nubes de la tormenta que había empapado la ciudad acababan de pasar hacia el sur, dejando un débil olor a hierro en la oscuridad creciente. Los siervos del palacio real corrían a sus deberes, preparando el pabellón junto al río para la reunión de aquella noche entre el rey y su consejo, con el fin de discutir la última amenaza de Roma contra Partia. Los apremiaban los gritos y golpes impacientes del chambelán, un hombre muy flaco, prematuramente canoso por la ansiedad de atender al irascible gobernador de un imperio que se extendía desde las orillas del Indus a las fronteras de la provincia romana de Siria. El rey Vologases deseaba revivir la grandeza de Partia, y no estaba dispuesto a tolerar que nadie se interpusiera en su destino, ni en lo más mínimo. Ni nobles rebeldes ni sirvientes torpes o ineficaces. El último chambelán que había tenido no consiguió que la comida servida en un banquete estuviese lo suficientemente caliente al llegar a la mesa real. Por eso fue azotado casi hasta morir, y luego arrojado a la calle. El actual chambelán estaba decidido a no seguir su ejemplo, y por tanto maldecía y pegaba a sus subor-

dinados mientras éstos colocaban los divanes, amontonaban combustible para los braseros y colgaban unas pantallas de tela gruesas y bordadas en tres lados del pabellón. El cuarto lado se dejaba abierto para que el rey y sus invitados disfrutaran de la vista del río, mientras el sol desaparecía detrás del horizonte y salían las estrellas, que temblaban reflejadas en las oscuras aguas.

Cuando hubieron colocado con todo esmero los últimos cojines de seda, los siervos se apartaron a un lado del espacio cerrado y esperaron a que el chambelán supervisara su trabajo, y se inclinara para hacer algunos pequeños retoques, hasta que estuvo seguro de que su amo no podía tener queja alguna de nada. No es que Vologases fuera muy inclinado a inspeccionar muy de cerca todos los pequeños detalles del lujo en el que estaba acostumbrado a vivir, pero aun así, reflexionaba el chambelán, es mejor ser escrupuloso que correr el menor riesgo de incurrir en la ira del rey. Habiendo completado su inspección, dio unas fuertes palmadas.

—¡Fuera, perros! Traed la fruta y el vino.

Los siervos empezaron a alejarse al trote y él se volvió a su ayudante.

—Y, tú, dile al cocinero mayor que tenga la comida lista para servirla en el instante en que yo dé la orden.

Su ayudante, un hombre más joven y corpulento que sin duda aspiraba a reemplazarlo, asintió y se fue corriendo. El chambelán echó otra mirada a las disposiciones de su personal, y luego se quedó de pie frente al estrado del rey y achicó los ojos, inspeccionando minuciosamente el gran diván, los cojines y las cubiertas. Se inclinó hacia delante para alisar una arruga de la tela, tras lo que se enderezó de nuevo y cruzó los brazos, satisfecho. Después esbozó una sonrisa, algo muy poco característico de él, y miró a su alrededor con recelo. Pero estaba solo. Era uno de los raros momentos de tranquilidad de su vida, consumida como estaba por los

mil y un deberes de su cargo. El interludio sería breve, porque enseguida los sirvientes volverían con la fruta y el vino, junto con el catador real, que probaría todos y cada uno de los recipientes y jarras a instancias del chambelán, para asegurarse de que el rey Vologases pudiera comer y beber con total seguridad. Aunque Partia era vasta y resistente, los gobernadores del Imperio eran menos duraderos, y caían regularmente víctimas de las conspiraciones de nobles poderosos o de las ambiciones de algunos miembros de la familia real.

El chambelán respiró hondo, sonrió ante el diván real y notó unas ganas casi irresistibles de lanzarse hacia delante y dejarse caer encima de los cojines de seda, ahora que no lo veía nadie. Habría sido un acto momentáneo, y nadie lo habría sabido jamás. El corazón se le aceleró ante la perspectiva de una ruptura del protocolo tan extraordinaria, y durante unos segundos dudó, al borde de la tentación. Pero luego se retiró y se cubrió la boca, horrorizado al pensar en lo que podría pasarle si el rey descubría alguna vez lo que había hecho. Aunque el chambelán estaba solo, el miedo a su amo gobernaba su corazón, y le daba pavor su locura pasajera. Con un respingo nervioso corrió a las escaleras que conducían a los jardines, a ambos lados del camino, y que se extendían hacia el palacio. El primer sirviente volvía ya, cargado con una gran bandeja de plata con higos, dátiles y otros exquisitos frutos.

—¡Corre, perro inútil! —soltó el chambelán, y el hombre se puso a trotar, luchando por no estropear lo que llevaba en la bandeja.

El chambelán arrojó una última mirada al escenario y ofreció una rápida plegaria a Mitra para que su amo no encontrara nada en todo aquello que le disgustara.

* * *

Cuando el rey y su pequeño séquito salieron del palacio, el sol se había deslizado por debajo del horizonte y una franja de cielo color bronce se extendía a través del paisaje sombreado al otro lado del río. Por encima, el bronce dejaba paso al violeta y al terciopelo oscuro de la noche, donde las primeras estrellas resplandecían como pequeñas motitas de plata. Un grupo de guardaespaldas marchaban delante, armados con lanzas y con sus pantalones amplios y muy bordados metidos en la caña de sus botas de cuero. Las corazas de escamas y los cascos cónicos brillaban a la luz de las antorchas y los braseiros que ardían a cada lado del camino. Pero su aspecto era como el del metal más sencillo ante el oro puro comparado con la magnificencia de su señor. Vologases era un hombre alto, bien formado, con la frente amplia y la mandíbula cuadrada, que lo parecía mucho más por la barba oscura y meticulosamente recortada. Tenía igualmente los ojos oscuros, como de ébano pulido, cosa que prestaba a su mirada una intensidad formidable. Sin embargo, parecía que en su expresión también se apreciaba el humor. Sus labios se levantaban un poco en las comisuras, de modo que sonreía al hablar con su voz profunda y cálida. Efectivamente, era capaz de mostrar ingenio y amabilidad, junto con sabiduría y ambición, y sus soldados y su gente lo contemplaban con un afecto lleno de lealtad. Pero aquellos que lo conocían muy bien desconfiaban de sus volubles cambios de humor, sonreían cuando él lo hacía y se quedaban quietos, en rígido y temeroso silencio, cuando él se enfurecía.

Aquella noche estaba de un humor sombrío. Habían llegado noticias a la capital parta de que el emperador Claudio había muerto, asesinado, y de que lo había sucedido su hijo adoptivo, Nerón. La cuestión para Vologases era cómo podía afectar el cambio de reinado a las tensas relaciones entre Partia y Roma, un vínculo que se había ido agriando en años recientes. La causa, como siempre, era el destino de

Armenia, ese desventurado reino fronterizo atrapado entre las ambiciones de Roma y las de Partia. Unos cuatro años antes, un pretendiente al trono de Armenia, el príncipe Radamisto, del vecino reino de Iberia, había invadido Armenia, matado al rey y a su familia, y se había instalado él mismo como nuevo gobernante. Radamisto resultó tan cruel como ambicioso, y los armenios apelaron a Vologases para que los salvara del tirano. De modo que éste dirigió su ejército contra Radamisto, que huyó de la capital, y colocó a su hermano Tirídates en el trono. Era una provocación, y Vologases lo sabía, porque Roma consideraba a Armenia dentro de la esfera de poder romana desde hacía cien años. Los romanos no contemplarían favorablemente la intervención de Partia.

El chambelán, que había estado esperando a la entrada, se inclinó doblándose por la cintura cuando el grupo subió los escalones hasta el pabellón. Los guardaespaldas ocuparon sus lugares fuera, excepto los dos hombres de mayor tamaño, que se colocaron a cada lado del estrado del rey. Vologases se sentó en el diván y se instaló cómodamente, y luego hizo gestos a los miembros de su alto consejo.

—Sentaos.

En un entorno formal, sus invitados habrían permanecido de pie ante su señor, pero Vologases había elegido deliberadamente el pabellón y dejado a un lado el protocolo de la corte para animar a sus subordinados a hablar libremente. En cuanto estuvieron sentados en los divanes, el rey se inclinó hacia delante, cogió un higo de la bandeja y le dio un bocado; después concedió permiso a los demás para que comieran, si lo deseaban.

Vologases arrojó el fruto a medio comer en la bandeja y miró a sus invitados: Esporaces, su mejor general; Abdagases, el tesorero real, y el príncipe Vardanes, hijo mayor del rey y heredero al trono parto. Un embajador de Tirídates

completaba la reunión, un hombre más joven, más o menos de la misma edad del príncipe, de nombre Mitraxes.

–Tenemos poco tiempo que perder, amigos míos –anunció Vologases–, así que me perdonaréis si dejo de lado las trivialidades. Todos habéis oído las noticias de Roma: tenemos un nuevo emperador al que debemos enfrentarnos, Nerón.

–¿Nerón? –Esporaces meneó la cabeza–. Lo siento, pero no recuerdo ese nombre, señor.

–No me sorprende. Fue adoptado hace sólo unos años. Hijo de la última esposa del emperador Claudio, de un matrimonio anterior.

–La misma esposa que resulta que es la sobrina de Claudio –añadió Vardanes, secamente. Chasqueó la lengua y levantó una ceja–. Vaya con esos romanos... Qué decadentes son; es realmente escandaloso.

Los otros sonrieron ante aquel comentario.

–¿Y qué sabemos de ese Nerón? –continuó Esporaces. El general era un veterano que tenía poco tiempo para bromas, una característica que iba muy bien con sus rasgos esbeltos, casi demacrados. La mayor parte de las personas de la corte tenían en escasa consideración sus modales aburridos, pero Vologases conocía su valor como soldado y apreciaba su talento. Además, como hijo de un mercenario griego y una puta de Seleucia, Esporaces era despreciado por los grandes nobles de Partia y, por tanto, no suponía amenaza alguna para Vologases.

El rey hizo una seña a Abdagases, que manejaba la red de espías que usaba Partia para recoger información sobre todo tipo de hechos en el Imperio romano.

–Ya has leído el informe completo. Díselo.

–Sí, majestad. –Abdagases se aclaró la garganta–. En primer lugar, es muy joven. Sólo tiene dieciséis años. Apenas un muchacho.

–Quizás –Esporaces inclinó un poco la cabeza–, pero Augusto sólo tenía dieciocho años cuando se propuso destruir a sus adversarios, y se convirtió en el primer emperador de Roma.

–Nerón no es Augusto –repuso el tesorero, lacónico–. Quizá se convierta en algo semejante, pero la posibilidad es remota, según nuestros agentes en Roma. El nuevo emperador cree que es una especie de artista. Un músico. Un poeta... Se rodea de actores, músicos y filósofos. Tiene ambiciones de convertir Roma en una especie de faro para todo ese tipo de gente, en lugar de dedicar su mente a temas más marciales.

–¿Un artista? ¿Un músico? –Esporaces meneó la cabeza–. Pero ¿qué tipo de maldito emperador es ése?

–Uno que servirá bien a nuestros intereses, confío –dijo Vologases–. Esperemos que el joven Nerón siga centrando sus esfuerzos en el arte, y no le distraigan los acontecimientos en Armenia.

Abdagases asintió.

–Sí, majestad. Podemos esperar eso, pero sería mucho más sabio no dejarse guiar por la simple esperanza. Puede que Nerón no tenga ni idea, pero sería una tontería despreciarlo de entrada. Está rodeado de consejeros, muchos de los cuales tienen la inteligencia y la experiencia suficientes para causarnos problemas. Y en gran medida se debe a que sufren la enfermedad romana.

–¿La enfermedad romana? –Vardanes levantó una ceja, cogió un segundo higo y le dio un gran bocado. Sus mandíbulas masticaron despreocupadamente, e intentó continuar hablando con la boca llena–. ¿Qué... enfermedad... es ésa?

–Es un término que usamos algunos en la corte real para referirnos a esos romanos obsesionados con la persecución de la gloria y con un sentido del honor absolutamente inflexible. Ningún noble romano que tenga una cierta posición deja pasar nunca la oportunidad de conseguir laureles para su fami-

lia. Al coste que sea. Por eso Craso intentó invadir Partia y se metió en tantos problemas. Y Marco Antonio tras él. Es una lástima que parezcan medirse a sí mismos por intentar sobrepasar los logros de sus antepasados, y que estén obligados a tener éxito allí donde otros han fracasado. –Abdagases hizo una pausa momentánea–. Parece que las derrotas de Craso y Antonio sólo han servido para inspirar a los romanos y contemplar Partia como un desafío que hay que superar. Si fueran razonables, habrían aprendido y tomado ejemplo del fracaso, pero el honor aristocrático de los romanos supera casi siempre su razonamiento. Augusto fue tan astuto que se dio cuenta de que podía ganar más con la diplomacia que con acciones militares en sus tratos con Partia, y sus herederos han seguido su ejemplo en lo fundamental. Aunque eso signifique frustrar a los senadores, instándonos a que nos declaren la guerra. La cuestión es: ¿será capaz este nuevo emperador de resistirse a los halagos de sus consejeros y al Senado?

–Así lo espero, sinceramente –respondió Vologases–. Partia no se puede permitir el riesgo de entablar una guerra con Roma mientras tengamos enemigos que amenazan con causarnos problemas en otros frentes.

Vardanes suspiró.

–¿Hablas de los hircanianos, padre?

Vardanes era el hijo favorito del rey. Tenía valor, inteligencia y carisma, cualidades muy útiles en un heredero, pero también contaba con ambición, y ése era un atributo que había que temer tanto como admirar, sobre todo en Partia. La expresión del rey se oscureció.

–Sí, los hircanianos. Parece que desaprueban el aumento de tributos que les he pedido.

Vardanes sonrió.

–No es ninguna sorpresa. Y no ayuda nada, en un tiempo en que hemos provocado a nuestros súbditos griegos forzándolos a dejar a un lado su lengua y sus tradiciones para

abrazar las nuestras, aunque el griego sea la lengua común de todo el mundo oriental. Y luego está el conflicto en aumento con Roma, por causa de Armenia. –Bebió un poco de vino–. Temo que estamos siendo demasiado ambiciosos, particularmente con respecto a Armenia. Roma y Partia son como dos perros luchando por un hueso.

El tesorero tosió educadamente al interrumpirlo.

–Vuestra Alteza simplifica demasiado el asunto. El hueso resulta que somos nosotros, y los intrusos romanos no tienen derecho alguno de intentar apoderarse de él. La mayor parte de los nobles de Armenia comparten nuestra sangre. Armenia juró lealtad al Imperio parto siglos antes de que Roma volviera su mirada hacia el este.

–Creo que todos estamos de acuerdo en que Roma no tiene ningún derecho sobre Armenia. Sin embargo, Roma sigue reclamándola y, si llegamos a una guerra, se apoderará de ella. Ya he oído hablar mucho del poder de las legiones romanas. No podemos vencerlas.

–No en una batalla plena, príncipe. Pero, si podemos evitar un enfrentamiento directo, nuestras fuerzas pueden irlos desgastando, debilitarlos y después, cuando llegue el momento adecuado, desgarrarlos a pedazos. Igual que los perros de caza matan a los osos de la montaña. ¿No es así, general? –Abdagases se volvió a Esporaces, para que lo apoyara.

El general pensó un momento y luego respondió:

–Partia ha derrotado a los romanos en el pasado. Cuando irrumpían en nuestras tierras sin conocer adecuadamente el terreno que pisaban, o no tenían los suministros adecuados para mantenerse. Iban marchando muy despacio, incluso sin tren de asedio; por el contrario, nuestras fuerzas pueden cubrir el terreno con mucha mayor rapidez, sobre todo los arqueros a caballo y los catafractos. Podemos permitirnos cambiar tierra por tiempo, para que tengan que agotar sus recursos y fuerzas. Pero eso sólo será cierto si nos hacen la

guerra a través de los ríos y desiertos de Mesopotamia. Armenia es distinta. El terreno montañoso favorece a la infantería de Roma en lugar de a nuestra caballería. Temo que el príncipe Vardanes tenga razón: si Roma quiere tomar Armenia, lo conseguirá.

–¡Eso es! –Vardanes chasqueó los dedos–. Te lo dije.

–Sin embargo –continuó Esporaces–, para poder conquistar Armenia, Roma se vería obligada a concentrar sus fuerzas. Sus soldados son los mejores del mundo, eso es cierto, pero no pueden estar en dos sitios a la vez. Si marchan hacia Armenia, dejarán expuesta Siria. No para conquistarla. Carecemos de las fuerzas para conseguirlo. Partia nunca será lo bastante fuerte para destruir a Roma, y Roma nunca tendrá hombres suficientes para conquistar y ocupar Partia. Y así es como ha sido y será siempre, mi príncipe. Un conflicto que ninguno de los dos bandos puede ganar. Por tanto, la única respuesta es la paz.

–¡Paz! –bufó Vologases–. Hemos intentado hacer las paces con Roma. Hemos respetado todos los tratados que hemos firmado con ellos, pero al final los han roto mucho más que nosotros, esos malditos romanos.

La frente de Vologases se arrugó, llena de frustración, mientras pensaba un momento.

–Y por ese motivo debemos estar seguros de que decidimos con sabiduría cómo manejar la situación en Armenia.

Se volvió hacia el embajador enviado por su hermano.

–Mitraxes, todavía no has dicho nada. ¿No tienes ninguna opinión sobre el nuevo emperador de Roma y sus intenciones hacia Armenia?

Mitraxes se encogió de hombros despreocupadamente.

–Apenas importa cuál sea mi opinión, majestad. Yo soy un noble armenio, descendiente de un largo linaje de hombres, ninguno de los cuales ha vivido para ver nuestra tierra libre de la influencia de Partia o de Roma. Nuestros reyes

tienen la costumbre de dejarse derrocar o asesinar. Tu hermano apenas lleva dos años en el trono; no es peor que algunos que han gobernado Armenia antes, y...

–Elige tus palabras cuidadosamente cuando hables de mi hermano –le advirtió Vologases.

–Majestad, me enviaron para informar sobre la situación en Armenia, y me has pedido mi opinión. Creo que es mejor que te hable con total sinceridad.

El rey lo miró fijamente, y notó que el armenio no se encogía ante su mirada.

–¿Valor y también integridad? ¿Son todos los nobles armenios como tú?

–Tristemente, no, majestad. Y ése es el problema que acucia a tu hermano. Como he dicho, no es peor que otros gobernantes, y sí mejor que muchos. Sin embargo, se ha visto obligado a mandar con mano firme para establecer su autoridad sobre su nuevo reino.

–¿Cómo de firme?

–Algunos nobles favorecen a Roma, majestad. Algunos están resentidos porque se les ha impuesto un extranjero. El rey Tirídates determinó que había que dar alguna que otra lección, para desanimar tales deslealtades. Lamentablemente, fue necesario desterrar a algunos y ejecutar a otros. Esto ha tenido el efecto de sofocar gran parte del descontento.

–Ya me lo imagino –sonrió Vardanes–, pero me atrevería a decir que quizás algunos se han sentido inclinados a sentirse un poco más descontentos aún...

–Pues así es, alteza. Sin embargo, el rey Tirídates sigue en su trono, en Artaxata. Sus enemigos están acobardados, de momento, aunque estoy seguro de que pronto buscarán ayuda para desestabilizar al rey. Si no lo han hecho ya... –Mitraxes volvió su mirada a Vologases–. Por tanto, tu hermano pide que le envíes un ejército para asegurar su control sobre Armenia. Los hombres suficientes para derrotar a cualquier

noble que conspire contra él, y para disuadir a los romanos de que invadan sus tierras.

–¿Un ejército? ¿Eso es todo lo que me pide? –se burló el rey de Partia–. ¿Y mi hermano cree acaso que puedo sacar ejércitos del aire? Yo necesito a todos mis soldados aquí, en Partia, para enfrentarme a las amenazas que ya tengo.

–No pide un ejército enorme, majestad, sólo una fuerza lo bastante grande para desanimar cualquier intento de destronarlo.

–Los rebeldes armenios son una cosa, y los romanos otra muy distinta. No creo que se desanimen con una fuerza cualquiera que yo pueda enviar a Armenia.

Mitraxes sacudió la cabeza.

–No estoy tan seguro, majestad. Nuestros espías en Siria nos informan de que las legiones romanas están muy mal preparadas para la guerra allí. No tienen apenas fuerzas ni equipos. Han pasado muchos años desde la última vez que combatieron. Dudo de que constituyan una grave amenaza para el rey Tirídates.

Vologases se volvió a su general.

–¿Es eso cierto?

Esporaces pensó un momento y luego contestó.

–Eso mismo hemos sabido por nuestros espías, majestad. Pero si los romanos deciden intervenir, llevarán más legiones a Siria y se asegurarán de enviar reclutas nuevos para las legiones ya existentes. Por supuesto, tendrán que entrenarlos. Tendrán que almacenar suministros, reparar carreteras, reunir trenes de asedio... Costará tiempo preparar una campaña. Años quizá. Pero en cuanto los romanos hayan decidido actuar, nada los detendrá. Así es como actúan. –Hizo una pausa breve para dejar que los demás pensaran en sus palabras, y luego continuó–: Mi consejo sería no provocar más a nuestro enemigo. Roma ya se siente furiosa por haber colocado a Tirídates en el trono, pero todavía no ha decidi-

do si ir a la guerra o no. Si enviamos tropas para ayudar a tu hermano, eso puede inclinar a los romanos hacia la acción. Además, aún no sabemos de qué está hecho ese nuevo emperador, Nerón; puede inclinarse en cualquier sentido. Así que no le dejemos al partido de la guerra de Roma ninguna oportunidad de persuadirlo para que luche. Por el contrario, sugiero que lo halaguemos con palabras cálidas de amistad y lo felicitemos por haber sido nombrado emperador. Si se cuestionan nuestros actos en Armenia, dile que nos hemos visto obligados a reemplazar a un tirano y que no tenemos interés en ninguna otra tierra que haga frontera con el territorio de Roma. –Agachó la cabeza como conclusión–. Ése es mi humilde consejo, majestad.

Vologases se reclinó en los cojines y juntó las manos, pensando todo lo que había oído decir a sus consejeros. Era cierto que el orgullo de Roma no aguantaría muchos más pinchazos. Sin embargo, no podía arriesgarse a enviar hombres a apoyar a su hermano mientras se enfrentaba a una posible rebelión en Hircania; de ninguna manera.

–Parece que estoy obligado a esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. La elección de qué hacer recae en el emperador Nerón. Él decidirá si tenemos paz... o guerra.